

**RAGGIO, LILIANA (COMP.)RAGGIO,LILIANA;SABAROTS,HO
RACIO;CLACHEO,RODRIGO;CIORDIA,CAROLINA; SALAZAR
,MAYRA;SNEIDERBARTOLUCCI, MAIA Y DE MELLO, DIANA
(AUTORES).**

**Antropología de las políticas sociales y culturales. Estudios sobre su
implementación y perspectivas futuras (2018).**

Dra. Estela Grassi
Instituto Gino Germani – FCS
estelagrassi@gmail.com¹

El libro en cuestión es resultado el trabajo de un equipo de investigación que participó de sucesivos proyectos UBACyT desde el año 2010 al presente. Estos proyectos cruzan distintos espacios alcanzados y delimitados por la política pública: la cultura, lo social, la seguridad ciudadana. Espacios ensamblados en la vida social concreta, por lo que el abordaje por los autores de cada política (plan o programa que les sirve de referente para el análisis) empalma el mismo a la totalidad que propone el libro y que la compiladora expone en la introducción del mismo.

Atendiendo al espacio disponible para comentar, elijo detenerme en algunos nudos problemáticos que considero relevantes y necesarios de seguir ahondando para comprender los procesos políticos y culturales contemporáneos y sus manifestaciones particulares en nuestro país. Me refiero a tres cuestiones que atraviesan el libro:

1) Aquello que se presenta socialmente como “problemas de inseguridad”, tema del que se ocupa Horacio Sabarots en el capítulo 1. Se trata de problemas que van a decantar en una estrategia política que se muestra más central al momento de escribir estas notas.

2) En esa línea el tema se conecta con otro sentido de la “inseguridad”, cual es el de no poder reproducir la propia existencia. Esta inseguridad es la que se deriva de las relaciones que determinan el acceso a los bienes y servicios necesarios para que la vida sea posible en las condiciones sociales y culturales alcanzadas por la humanidad presente, hasta ahora basado en las posibilidades y condiciones de trabajo. Si la política había conjurado, relativamente, el riesgo de morir de inanición y frío a través de las protecciones y la seguridad social, la

1 Reseña realizada en diciembre de 2018.

vuelta al reino del mercado y la exigencia de “control de los gastos” del Estado desampara a quienes, en el mismo movimiento, se vuelven “más peligrosos”.

Los capítulos escritos por Rodrigo Clacheo, Carolina Ciordia y Mayra Salazar se leen, por eso, en la misma clave de la seguridad/inseguridad. Lo mismo el que escriben Maia Sneider Bartolucci y Diana Bento de Mello.

3) El otro nudo problemático se encuentra tratado en el capítulo 6 por Liliana Raggio. Me refiero a la desigualdad, de la que dan cuenta empíricamente los problemas precedentes. Y aunque huelga decirlo, esos problemas muestran que son múltiples las relaciones en las que se entretajan relaciones desiguales y que esas relaciones comprenden, a su vez, múltiples dimensiones. La desigualdad compromete, así, a sujetos “desigualados” (valga la redundancia) por la posesión o desposesión de diferentes recursos que los ubican en lugares distantes que a veces –solo a veces– se dejan ver en la trama urbana o en los espacios concretos de circulación o de encuentros en esos espacios.

Dando vuelta el orden del libro, se puede empezar por lo que es su eje e hilo conductor. Liliana Raggio toma de Goran Therborn² la idea de *igualdad existencial* para referirse a una dimensión de ella que comprende “la autonomía, la dignidad, el respeto y diversos grados de libertad...”, una definición que ofrece un enfoque particularmente productivo para pensar los procesos culturales y las relaciones entre pertenencias culturales. Pertenencias que suelen dar lugar a conflictos entre derechos de distinta índole, que tensionan las políticas asistenciales, de seguridad social, de salud y culturales. Aún más, las cuestiones comprendidas en la definición de Therborn (la autonomía, la dignidad, la libertad) por sí mismas tensionan estas políticas. Baste recordar los debates, las disputas y confrontaciones que se originan en torno a las condiciones que se imponen a los adultos respecto de los infantes a su cargo, en el caso de las políticas de Transferencias Condicionadas o de la propia Asignación Universal por Hijo. O la resistencia a la Educación Sexual Integral y a la reivindicación de la legalización del aborto voluntario, que enfrentan al Estado, la Familia y la religión. Sin tratarse de estas disputas que cobran la mayor espectacularidad, en materia de salud las vacunaciones obligatorias son resistidas por algunas familias cuya “autonomía” contradice el derecho formal de niñas y niños, de cuyo cumplimiento es responsable el Estado. En igual sentido la educación escolarizada avanzó y se mantiene en conflicto con la diversidad religiosa y cultural. Este capítulo, precisamente, pone en frente de tensiones irresolubles para las políticas sociales y culturales y su implementación, a través de las que se disputa la idea de igualdad. Más aún, cuando estas políticas pretenden progresividad en materia de derechos.

Lo escrito por Raggio en este capítulo conduce también a pensar la imbricación entre esos estados de dignidad y respeto, las políticas y las condiciones subjetivas que habilitan (o no) a la apropiación fehaciente del derecho y a su real respeto en la implementación de la política, porque aun cuando la norma es necesaria, no siempre es suficiente, del mismo modo que no toda norma (ley) o política progresiva es producto de reivindicaciones. La autora toma como referencia la Ley de Empleo Doméstico, en torno a la que pueden advertirse estas discontinuidades entre sujetos y derechos. La Ley, que no fue producto de reivindicaciones, los amplía para este sector de trabajadoras, pero su cumplimiento es relativo y su exigibilidad encuentra escollos en las propias

2 Therborn, Goran (2015). Los campos de exterminio de la desigualdad. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

características del empleo. Por eso, la referencia es oportuna; y también porque expone un espacio de relaciones laborales, sociales y culturales que mantiene rasgos atávicos que permiten que aflore la desigualdad cruda (social y de género) en tiempos culturales y políticos que habilitan la reivindicación de la desigualdad misma. El libro se terminó de escribir poco antes de que las patronas del barrio de Nordelta se negaran a compartir el transporte público con sus empleadas. Transcurrieron muchos años desde que, en 1955, en Estados Unidos Rosa Park se negara a ceder su asiento a un varón blanco, una manifestación del racismo de aquella sociedad y del que la nuestra parecía inmune; o solo parecía, hasta ahora.

La reacción de un grupo de esas trabajadoras es alentadora en lo que se refiere a un sujeto capaz de reconocer/se igual. Pero es mucho menos alentador, por ejemplo, el caso de las mujeres jubiladas, reactivas con la moratoria previsional de la década pasada que permitió acceder al beneficio principalmente a otras mujeres que trabajaron pero no tenían aportes. Entre ellas, empleadas domésticas, además de amas de casa. Fuera de nuestro país, es aún más desalentador comprobar que población negra y mujeres acompañaran con su voto al nuevo presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, autodeclamado racista y misógino.

De vuelta al principio del libro encontramos cómo el problema de la inseguridad se engarza a ese cambio de política porque, más allá de la asociación inmediata con el delito, dio lugar a una estrategia en la competencia política desde 2015 y luego, en la gestión de gobierno, hasta reproblematicarse la cuestión social en sus términos.

Frente al problema así construido, lo primero a destacar del capítulo escrito por Sabarots es que toma en serio el problema de la inseguridad derivada de las prácticas delictivas. Es decir, no niega, no desconoce ni secundariza un problema efectivamente presente en la vida social. Ese punto de partida es indispensable para comprender aquellas formas de producción del problema social. Justamente, el autor trabaja sobre las formas de producción y disputa del problema, apoyado en investigación etnográfica, estudiando la movilización ciudadana y comparando las políticas de seguridad y su vinculación con la llamada "juventud vulnerable". Porque si hay algo que confirman las investigaciones especializadas es que el diagnóstico político sobre el problema encuentra entre los jóvenes varones pobres al sujeto delincuente por excelencia. Por eso, las políticas de seguridad se articulan a las políticas sociales dirigidas a ellos.

Desde el punto de vista político y cultural, además, el "problema de la inseguridad" ofrece una acción de oro a la estrategia aludida: el miedo tiene una función política. El miedo más cotidiano, a ser víctima de un delito, es una vivencia compartida que tiene respaldo empírico, pero en la construcción del problema es magnificado al punto de hacerse decible y creíble que "nos están matando a todos", aún cuando nuestro país tenga, comparativamente, bajas tasas de criminalidad. La magnificación del aparato de seguridad va en paralelo: la exigencia que aflora "naturalmente" desde el sentido común es mayor dureza represiva y "más policías", aunque en paralelo se diagnostique "corrupción policial", también con algún respaldo empírico que, en este caso, se deja de lado.

Pero ambas cosas, la mayor criminalidad y la mayor dureza se ubican de un mismo lado del espacio social: los barrios de mayor pobreza. En ellos se suman los dos extremos de la violencia: la corrosión de la sociabilidad local, de la vecindad, de la comunidad, particularmente por la instalación del consumo y tráfico de drogas y de un orden violento que imponen estos grupos; y la violencia

estatal- institucional indiscriminada, a través de las razias. Aquí el Estado, lejos de ser “protector” o brindar “seguridad”, generalmente muestra su cara más oscura. Jamás ausente: su presencia misma es peligrosa, “parte fundamental del problema”, muestra Sabarots.

Al respecto, el autor destaca un presupuesto fundamental: el carácter relativo (social e históricamente hablando) de lo que se tiene por violencia, inseguridad o amenaza a la comunidad. Ciertas condiciones de convivencia pueden ser tan naturales como problemáticas: resolver los conflictos comunitarios o familiares a trompadas o tiros se vuelve un problema cuando se reflexionan y problematizan como tales: el femicidio, recientemente catalogado como tal, es prueba contundente. En política, recuerda Sabarots, la organización armada como modo de procesar la disputa de intereses, pasó de ser compromiso y forma de lucha a violencia política. En el presente, los regímenes de informaciones falsas son un medio de la disputa por el poder por el momento escasamente problematizado ¿Por qué no considerar a las *fake news* (las noticias falsas) como violencia simbólica en un sentido fuerte, de dominación de la conciencia? Es decir, no en el sentido bourdiano³ de imposición de algún punto de vista acerca de los hechos sociales en la disputa por la hegemonía, sino de invención del hecho mismo. Una forma de violencia por la que se desestima toda conexión con alguna realidad empírica y, más aún, con argumentos lógicos. Una forma de violencia simbólica frente a la cual la “violencia legítima” (alguna forma de política de seguridad democrática) que preserve el lazo social pierde sentido y se hace legítima violencia institucional ilegal, cuya instalación se describe detalladamente en el capítulo a través de dos casos paradigmáticos: un barrio popular que sufre tanto la ruptura de sus lazos comunitarios como la estigmatización y la violencia estatal; y las Mesas Barriales de Participación Comunitaria en Seguridad en dos barrios de clase media. Mientras en estos las demandas de seguridad son satisfechas con más presencia policial que patrullan las calles, en el barrio Mitre llegan las razias focalizadas en jóvenes varones.

De tal modo, la producción magnificada del problema en la disputa política contribuyó y fue parte de esos retrocesos sociales y de la revivificación del universo de representación del neoliberalismo que se señala en el libro. La problematización de lo social ya no en términos de pobreza, desempleo, etc. sino de *miedo, inseguridad, crisis y desorden*, (extendidos a la protesta social) permitieron articular la oferta política con la demanda de “la gente” (dicho en términos del lenguaje de Cambiemos) y su repolitización por la ampliación del aparato represivo del Estado y la resignificación y traslados de la seguridad social al aparato asistencial del mismo, a través de los Ministerios de Seguridad y de Desarrollo Social, respectivamente. Esta otra “inseguridad” es objeto de los demás capítulos.

Rodrigo Clacheo, en el capítulo 2, analiza políticas alimentarias. Su lectura conduce a reflexionar acerca de la consustancial irracionalidad de las reglas del mercado capitalista (y de la política cuando se subordina a ella). De otro modo no puede explicarse la necesidad de “planes alimentarios” en un país básicamente productor de alimentos, con una extensa geografía mayormente fértil y una comparativamente baja población en relación con esa producción y esos espacios. Si son necesarios “planes” es porque no existe ni

3 Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron (1970-1981). La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza. Barcelona: Editorial LAIA.

existió una política alimentaria que privilegie las necesidades antes que las ganancias. El destino de cada vez menos tierra destinada a la producción de alimentos accesibles y de calidad para satisfacer necesidades de la población, la contaminación, el monopolio de las semillas transgénicas, la expulsión de sus tierras de población que tradicionalmente produjo alimentos son cuestiones centrales que hoy afectan y preocupan, también, a los demás países de la región. El tratamiento y derivación del problema alimentario a la asistencia social demuestra la irracionalidad de unas reglas (las de mercados) que se pretenden (y se cree) racionales y lógicas.

Carolina Ciordia, en el capítulo 4, y Mayra Salazar en el siguiente, se ocupan de las políticas de protección de niños/niñas; es decir, de problemas que atañen a la protección por la asistencia social. Salazar analiza su institucionalización presentando dos historias de vida. Pensados en relación presentan un dilema y permiten plantear un problema. El dilema tiene que ver con lo que Ciordia nombra como la “entronización de la familia” y luego Salazar presenta como situaciones aún inencontradas (para decirlo en términos que no son propios del enfoque del libro, eran las familias disfuncionales). Familias, unidades parentales, adultos y adultas en las que está depositada buena parte de los cuidados y los afectos (o los afectos y el cuidado) de la prole, pero que no pueden con ellos.

Las historias que presenta Salazar llevan otra vez a la desigualdad, porque en las vidas de estos sujetos se conjugan todos los componentes de esa desigualdad existencial y también de recursos para la acción a los que se refiere Raggio. Aunque uno/a es un caso “social” y el otro “penal” (dicho rápidamente), ambos refieren a esas ausencias de recursos, de afectos, de oportunidades, de soportes afectivos, incluso de una historia vivificante que haga una subjetividad valorada y confiada. En esas historias, el momento culminante de la tragedia es, paradójicamente, el de la desinstitucionalización (o del afuera), cuando quién deja el hogar se pregunta: qué hacer, a dónde ir, cómo buscar trabajo.

El problema, entonces, se vuelve más que un dilema, porque más allá del régimen socio-político económico, más allá incluso del neoliberalismo, las sociedades/los Estados habrán de asumir la protección de personas que enfrentan avatares y situaciones que requieren asistencia y que no siempre son evitables.

Lo llamativo, en el caso de los niños, niñas, adolescentes, es que más allá de la militancia por los derechos no parece haberse acumulado un saber desprejuiciado que permita sostener instituciones que den cobijo y capacitar profesionales, especialistas, trabajadores de estos campos, que atiendan a quienes quedan desprotegidos de los lazos familiares para poder, ya adultos, desenvolverse de manera autónoma.

Instituciones de asistencia (de cuidado, protección, formación) son más necesarias en sociedades cada vez más individualistas, en las que los hogares son cada vez más pequeños y cada vez menos capaces de asumir a más de un hijo, al tiempo que se extrema su protección.

El cuidado es un tema que instaló el feminismo. Su desvalorización, y la de las instituciones y personas que se dedican a cuidar, es otra irracionalidad de la sociedad mercantil, en este caso, su desprecio por la vida.

Finalmente, aunque las y los autores no dicen todo lo precedente, inducen a pensarlo. Ese es un mérito invaluable de un libro que muestra tanto la supervivencia de las estructuras culturales e institucionales y políticas del neoliberalismo como el sustrato más irracional de las sociedades más

racionalizadas por el capitalismo. A quienes se interesan por las políticas sociales y culturales hallarán en él otras claves que, a través de los resquicios mínimos de la vida social o de las vidas particulares, llevan a ahondar en las lógicas y estructuras más profundas de los comportamientos. Es un mérito de la perspectiva antropológica y de las y los antropólogos que investigaron en estos campos en momentos en que el mundo en que vivimos se nos hace más incomprensible.